

Torre de Papel



Dimiter Inkiow

Yo, Clara y el gato Casimiro

Ilustraciones de Traudi y Walter Reiner



GRUPO
EDITORIAL
norma

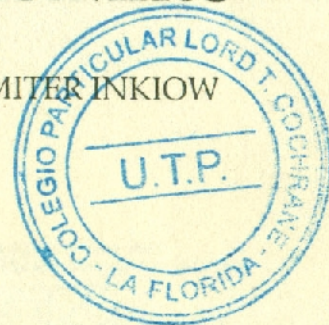
YO, CLARA
Y EL GATO
CASIMIRO

1049



YO, CLARA Y EL GATO CASIMIRO

DIMITER INKIEW



Traducción de Federico Schopf

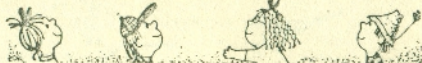
Ilustraciones de Traudl y Walter Reiner

GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.norma.com>

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José,
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.

CONTENIDO



Título original en alemán:
 KATHUND KLARA UNDFER KEIER KASIMER
 de Dimitri Iokow.

Copyright © 1978 por Erika Klapp Verlag.
 Copyright © 1991 para Hispanoamérica
 por Editorial Norma S.A.
 A.A. 53550, Bogotá, Colombia.

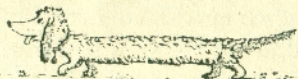
Prohibida la reproducción total o parcial
 de esta obra, por cualquier medio,
 sin permiso escrito de la Editorial.

Decimoquinta reimpresión, 2004
 Impreso por Citographics S.A. - Red de Impresión Digital
 Impreso en Colombia - Printed in Colombia
 Septiembre, 2004

Dirección Editorial, María del Mar Ravassa G.
 Edición, Lucía Borrero
 Dirección de Arte, Mónica Botte

ISBN: 958-04-1217-0

El gato	7
Tú, pobre diablo	15
Los peces dorados de la tía Emma	21
El ladrón	29
De visita con el gato Casimiro	37
El bebé de Clara	45
El circo de las pulgas	53
La visita	61
El bebé colorado	71
La carta	79
La botas	85
El deseo de Navidad	93
La tetera	105



EL GATO

Un día que Clara y yo estábamos jugando en el jardín, escuchamos un «miaaaaauu» muy fino. Ambos aguzamos el oído y Clara preguntó:

—¿Qué fue eso?

—Alguien dijo «miau».

—No fue alguien sino un gato. Nadie, fuera de un gato, dice «miau». Pero yo no veo ningún gato.

«Miaaaaau. Miaaaaau».

—¡Maulló otra vez! ¡Es un gatito muy pequeño!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque maulla con una voz muy

delgadita. ¡Los gatos grandes tienen un maullido muy diferente!

Los dos nos pusimos a buscarlo y pronto descubrimos, debajo de una planta, un diminuto gato. Era negro como el carbón, tenía un lunar blanco en la frente y su cola terminaba en una punta también blanca. Clara lo tomó en sus brazos, dando saltos de alegría:

—¡Encontramos un gatito!

—¿Y ahora qué hacemos con él?

—pregunté yo.

—Muy sencillo: lo llevamos a casa.

—¿Pero qué va a decir mamá?

—Se va a alegrar.



—¿Y si no se alegra?

—¿Por qué no habría de alegrarse?

A ella le gustan los gatos tanto como a mí. ¡Quedémonos con el pobre gatito!

—¿Pero y si papá no nos lo permite?

—¿Por qué no?

—Porque ya tenemos a Sabueso, nuestro perro salchicha, y, como tú sabes, a él no le gustan los gatos.

—¡Eso no es cierto! —dijo Clara—. A Sabueso no le gustan los gatos extraños, pero este gato va a ser mi gato, y Sabueso lo tendrá que querer mucho. ¡Ya lo verás!

—Bueno, ¡ya lo veremos! —dije yo.

Luego nos dirigimos a casa. Clara llevaba en sus brazos al temeroso gatito.

—En el circo hay perros que cargan sobre sus espaldas a toda una familia gatuna —me explicó mi hermana mientras subíamos las escaleras de nuestro edificio.

—Pero no Sabueso. Si Sabueso se come a tu gatito no es mi culpa.

—¿Quieres que nos quedemos con el gatito o no?

—Claro que sí.

—Entonces ¿por qué hablas así?

—Porque conozco muy bien a Sabueso.

—El lo va a querer. Yo se lo voy a enseñar.

—¿Y tú eres capaz de enseñarle eso?

—Claro que soy capaz.

Si Clara era capaz de hacerlo, entonces no había ningún problema para conservar el gatito negro.

Los dos entramos de puntillas en nuestra habitación. Clara había ocultado el animalito debajo de su chaqueta, pues sólo queríamos mostrarlo después de que se hubiera hecho amigo de Sabueso.

Sabueso ya estaba gruñendo en la cocina. Probablemente había presentado algo. Era un tranquilo domingo.

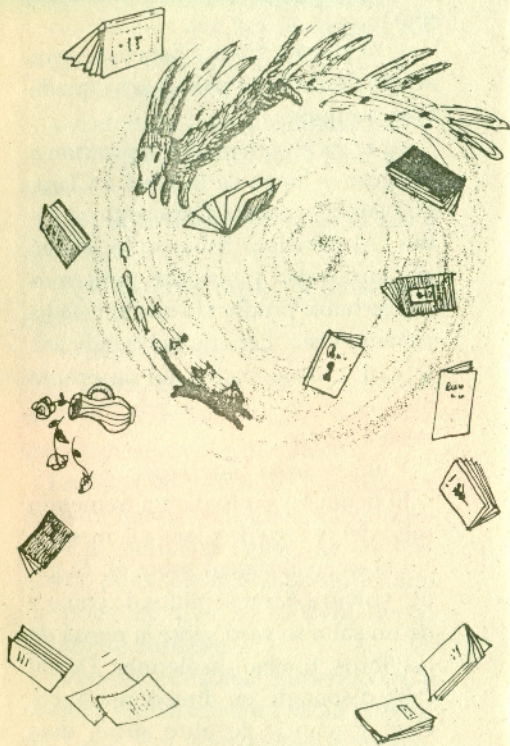
Papá leía el periódico y mamá preparaba la comida. De pronto Clara me dijo:

—Ya puedes traer a Sabueso, pero acarícialo primero para que se quede bien tranquilo.

Yo acaricié con mucha dedicación a Sabueso y luego se lo llevé a Clara, que también estaba acariciando al gatito. Al principio Sabueso lo olfateó con curiosidad y nosotros pensamos que se había producido una amistad a primera vista. Pero no había sido así. El gatito, disgustado, dio de pronto un fuerte resoplido y Sabueso empezó a ladrar.

Y ahí se armó la de Troya.

El pequeño gatito dio un tremendo salto del regazo de Clara a la mesa, y Sabueso se abalanzó sobre él. El gatito volvió a dar resoplidos de enojo y de un salto se paró sobre la repisa de los libros, tumbando algunos. De allí salió disparado en dirección a la cocina, y mamá, de puro susto, dejó



caer dos huevos crudos al suelo. Como nuestra cocina es bastante pequeña, el pobre gato no encontró allí un buen lugar para ocultarse, así que luego de unos cuantos saltos corrió hacia la sala. Sabueso lo persiguió durante todo el recorrido y Clara y yo hicimos lo mismo. Mamá permaneció de pie en la cocina, en medio de los frascos de condimentos que habían caído al piso, hasta que, después de un buen rato, se dio cuenta de lo que en verdad pasaba.

Lo que sucedió luego preferiría no contarlo. Papá no sólo regañó a Clara sino a mí también, a pesar de que, como todos saben, yo no era culpable de lo que había pasado.

Como nadie reclamó el gatito, finalmente nos quedamos con él. Ahora vive en la alcoba de Clara y desde hace dos semanas Sabueso gruñe disgustado frente a la puerta de su habitación.



TU, POBRE DIABLO

A Clara le ha dado por llamarme «pobre diablo» desde ayer, y eso me disgusta muchísimo. ¿Dónde aprendería eso de «pobre diablo»? ¡Con seguridad que en la escuela! Es allá dond^e ella aprende todas esas cosas feas. Se lo diré a mamá. Lástima que ahora no esté en casa.

Subí a la habitación de los juguetes, donde Clara estaba haciendo sus tareas, y le dije:

—¡Jamás en la vida volveré a jugar contigo!

—¿Por qué, pobre diablo?

—Porque tú siempre me dices «pobre diablo».

—¡Pero si tú eres un pobre diablo!

—¡No lo soy!

—¡Pobre diablo! ¡Pobre diablo! ¡Pobre diablo!

—¡Se lo diré a mamá y tendrás que atenerte a las consecuencias!

—¿Estás molesto? —me preguntó.



—Sí, y lo estaré toda la vida.

—Entonces ya no eres un pobre diablo.

Respiré aliviado.

—¡Eres un pobre diablo enojado!

Eso era lo que me faltaba. Me escondí en la cocina y resolví no volver a hablar con Clara nunca más; nunca más en la vida. Así ella se sentiría castigada.

Una hora más tarde, después de haber terminado sus tareas, Clara se dirigió a mí con sigilosos rodeos, como una gata. Yo no quería saber nada de ella.

—¿Estás enojadito todavía, pobre diablo? —me preguntó.

Yo no respondí nada.

—Oh, disculpa. ¡Se me había olvidado que ahora eres un pobre diablo enojado!

—¡El pobre diablo eres tú! —le grité—. ¡No voy a hablar más contigo!

—¡Pero si me acabas de hablar!

—¡Pues no lo volveré a hacer nunca

más! —le dije, y enseguida me fui para la habitación de los juguetes. Pensé que Clara se arrepentiría de haberme llamado «pobre diablo» y esperé a que entrara en la alcoba como un gato.

Pero no vino. ¿Dónde estaría?

Con precaución, miré en la cocina.

Allí estaba ella tomándose un vaso de jugo de naranja. Yo también me serví uno y regresé nuevamente a la habitación de los juguetes a seguir esperando el arrepentimiento de Clara.

Pero Clara no fue a buscarme y eso empezó a parecerme raro.

¿Qué estaría haciendo?

Regresé a la cocina y observé cómo se servía un segundo vaso de jugo de naranja.

«Si no le hablo, con seguridad se tomará todo el jugo y no me dejará nada», pensé.

—¿Quieres otro vaso de jugo, pobre diablo? —me preguntó.

No me quedaba más remedio que

decirle algo para que no se bebiera todo el jugo, así que le contesté:

—Sí, pero yo no hablo contigo.

—Bueno, dame tu vaso. ¿No quieres que juguemos?

—Yo no vuelvo a jugar contigo jamás en la vida.

—¿Y por qué no?

—Porque tú me llamas «pobre diablo».

—¿Y eso no te gusta?

—¡No!

—A mí me parece chistosísimo.

—Pues a mí no.

—Tú puedes llamarme tranquilamente «pobre diablo» y yo no me enojaré contigo en lo más mínimo.

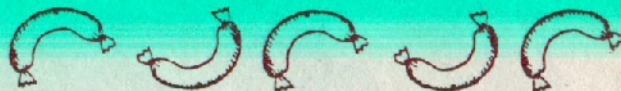
—¿De veras? ¡Pobre diablo! ¡Pobre diablo! ¡Pobre diablo! —empecé a gritarle, y no paré de gritárselo pues quise pagarle sus ofensas con la misma moneda y sacarme el clavo por todo lo que me había dicho.

—Pero no puedes decirme «pobre diablo enojado» —observó ella.

—¿Por qué no?

—¡Porque yo no estoy enojada!

Ambos terminamos riendo, finalmente, y volvimos a ser buenos amigos.



LOS PECES DORADOS DE LA TIA EMMA

La tía Emma tiene cuatro peces dorados que nadan en una inmensa pecera redonda. El más grande de ellos se llama Alexander. Todos sabemos que la tía Emma quiere mucho a sus pececillos. Cuando está sola habla con ellos todo el tiempo. Lo que no sabemos es si los peces la quieren tanto como ella los quiere, pues no pueden hablar.

«Me moriría del aburrimiento sin mis pececillos dorados», dice la tía Emma. «¡Me divierto tanto con ellos!»



Cuando vamos a visitar a la tía Emma siempre le llevamos un paquete de pulgas acuáticas para sus peces. Los pobres pececillos me dan lástima. ¿Por qué tienen que comer únicamente pulgas de agua? ¡Con seguridad las salchichas vienasas les sabrían mucho mejor!

—¿Tú qué opinas? —le pregunté una vez a mi hermana Clara—. ¿Por qué no les llevamos dos salchichas vienasas a los peces de la tía Emma la próxima vez que la visitemos?

Clara me miró sorprendida.

—¿No crees que se las coman? —le dije.

—No lo sé. Hasta ahora no he visto peces dorados que coman salchichas vienasas. A lo mejor no les gustan.

—¡Porque nadie los ha alimentado con ellas! —dije yo, y agregué—: ¿A ti te gustan las salchichas vienasas?

—¡Mucho!

—¿A nuestro perrito, Sabueso, le gustan las salchichas vienasas?

—Sí, ¡le gustan mucho!

—¿Y a nuestro gato?

—¡Le encantan!

—¡A mí también me gustan! ¿Por qué, pues, no habrían de comer salchichas vienasas los pececillos dorados? Te apuesto que si les diéramos

algunas, se alegrarían muchísimo, ¡lo mismo que la tía Emma!

—Yo no sé qué pensar —dijo Clara suspirando.

—¡Pero yo sí!

Desde aquel momento yo sólo esperaba la ocasión de visitar a la tía Emma para llevarles dos salchichas vienasas a sus peces dorados. De pronto me pregunté por qué solamente dos salchichas, y me dije que cuatro sería mejor: una para cada pececillo. El domingo, cuando nos íbamos para donde la tía Emma, saqué cuatro salchichas vienasas de la nevera y las escondí en mi maletín. Lo que yo no sabía era si debía calentarlas antes de dárselas a los peces o no. Clara me dijo que no era necesario pues el agua en la que nadaban los peces era fría. Yo insistí en que de todos modos era necesario calentarlas porque las salchichas vienasas saben mejor calientes. Mi hermana repuso que para un perro, un gato o un

pez es igual si la salchicha está caliente o fría. Como ella misma se las come frías cuando tiene mucha hambre, decidí darles a los peces las salchichas frías. Una a cada uno.

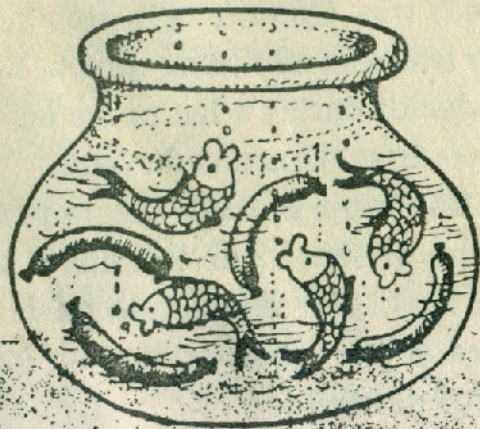
La tía Emma se había alegrado muchísimo al saber que iríamos a visitarla. Nos había preparado pastel de manzana y en su apartamento había un olor delicioso.

—Saluden a mis peces dorados —dijo—. Voy a traerles el pastel.

Había llegado el momento de darles las salchichas vienasas a los pececillos de la tía Emma.

Tomé las cuatro salchichas de mi maletín y las puse en el agua. Los pececillos se sorprendieron mucho y nadaron para todos los lados tratando de esquivar los cuerpos extraños que en ese momento penetraban en el agua. Únicamente Alexander olfateó dos veces una de las salchichas.

—No se las comen —observó Clara. Yo sólo dije:



—¡Esperemos a ver qué pasa!

Aún estábamos esperando cuando nuestra tía regresó con el pastel de manzana.

Primero nos miró; luego clavó la mirada en sus peces dorados y preguntó horrorizada:

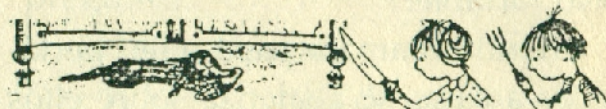
—¿Qué es lo que está flotando ahí junto a mis peces?

—Salchichas —le dije yo—. ¡Salchichas vienasas! Hoy traje salchichas vienasas para tus peces dorados, en

lugar de las pulgas acuáticas de siempre. Una para cada uno. ¡Sólo estamos esperando que los peces empiecen a devorarlas!

Nuestra pobre tía simplemente se dejó caer sobre un asiento con la boca abierta. ¡Creo que había perdido el habla!





EL LADRON

Desde que Clara conoce las letras le ha dado una verdadera manía de lectura.

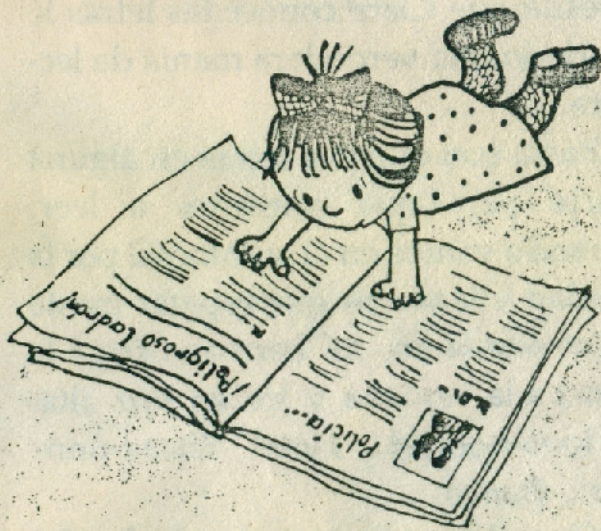
Basta con que vea letras en alguna parte para que comience a leer. Cuando vamos en el automóvil por la ciudad y tenemos que esperar frente a un semáforo, mi hermana pega la nariz a la ventana y lee en voz alta: «Hooo-hooteel... Hotel. Bbaaa-nnn-co... Banco».

Cuando estamos andando lee los números de las placas de los automó-

viles que van delante de nosotros. ¡Es insoportable!

Cuando mamá o papá traen periódicos a casa, se abalanza sobre ellos como mosca sobre la miel y lee en voz alta los titulares hasta que a todos nos da dolor de cabeza y nos alejamos de su lado.

Así sucedió el día en que papá trajo a casa el periódico con la historia del ladrón. El lo dejó sobre una mesa y se fue con mamá a visitar a la tía Emma. Clara se abalanzó sobre él.



—¿Quieres que te lea algo? —me preguntó.

—No, no quiero.

—Te vas a perder de mucho —dijo, y, sin más, empezó a leer—: A-lar-ma en la ppp-oo-poli-cía. Pe-ligroo-ssolaad-rón viiii-sii-taa cca-sas.

—¿Qué dices?

—Aaalarmaaaaa en la poolicíia. Peeeliiigrosooo laadróon visiiitaa casaas. To-dos los díias se pro-duu-cean nuceevaas iiincursiionees.

—¿En dónde? —indagué.

—Pooor toodaaa la ciuuuudaad.

De repente sentí miedo pues estábamos solos.

—¿Por toda nuestra ciudad?

—Te lo acabo de leer.

—Clara, ¿qué hacemos si el ladrón viene a esta casa?

Entonces anunció:

—No hay problema. Lo atamos inmediatamente.

—¿Y quién lo inmoviliza hasta que lo hayamos atado?

—Sabueso. El lo puede mantener en jaque durante ese tiempo.

—¿Dónde está Sabueso?

Miramos por todos lados, pero nuestro perro salchicha había desaparecido súbitamente.

—¡Sabueso! ¡Sabueso!

El perro no daba señales de vida. Con seguridad que mamá y papá se lo habían llevado. De pronto escuchamos en la alcoba un ruido debajo de las camas. Sentí entonces que un sudor frío me corría por la espalda y que la piel se me ponía de gallina.

—Clara, ¿oyes eso? Algo está crujiendo debajo de las camas.

—Tienes razón —susurró—. ¡Es el ladrón!

—¿Cómo lo sabes?

—Los ladrones siempre se ocultan debajo de las camas. Eso lo sabe todo el mundo.

—Corramos —le sugerí en voz muy baja.

—No, tenemos que atarlo ahora.

—Tengo un miedo tremendo.

—Eres una gallina.

—No lo soy.

—¡Entonces demuestra que no lo eres!

—¿Cómo?

—Tú mantendrás inmóvil al ladrón mientras yo lo amarro.

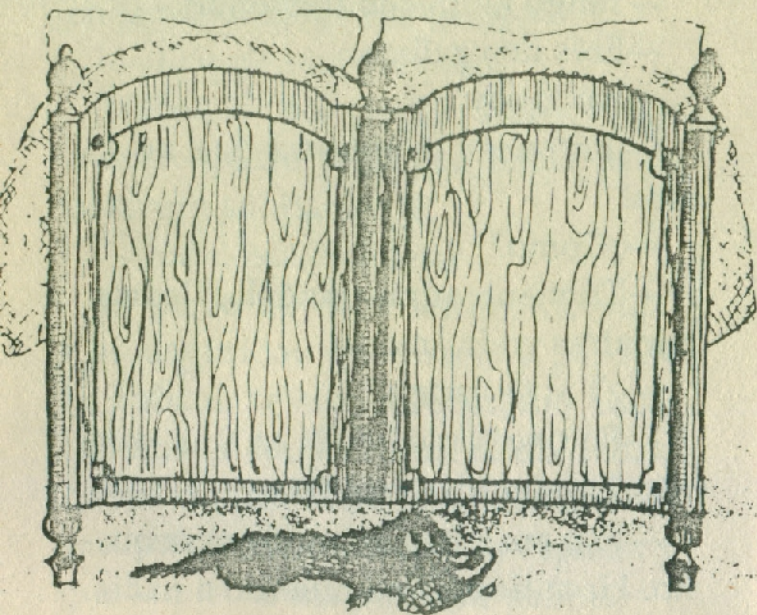
—¿Y si se escapa?

—Entonces muérdelo en una piedad. ¡Tú muerdes muy bien!

—Eso era antes, cuando era pequeño. Hace tiempo no muerdo a nadie.

—Con seguridad que ahora muerdes mucho mejor que antes —me dijo mi hermana para tranquilizarme—. Tus dientes han crecido, ¿sabes? Además, recibiremos una recompensa si capturamos al ladrón. ¡Mucho dinero! Tanto, ¡que podremos comprar una alcoba toda llena de gomas de mascar!

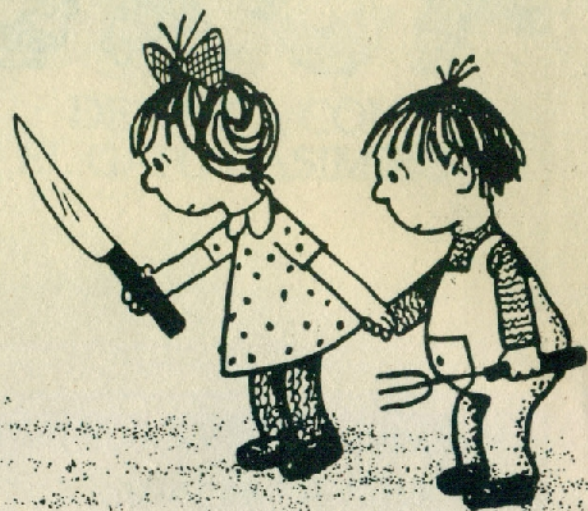
Así sí estaba dispuesto a hacer algo. Clara trajo de la cocina un cuchillo y yo me armé con un tenedor.



Fuimos luego a la alcoba y Clara ordenó:

—¡Entrégate, ladrón! ¡Sal inmediatamente de debajo de esa cama!

Pero el ladrón no salió. Quien salió fue Sabueso, mordiéndose la pantufla izquierda de papá.



Yo respiré aliviado, pero Clara se enojó. Hoy todavía se queja:

—Si Sabueso no hubiera estado debajo de esa cama, ¡hubiéramos recibido la recompensa y habríamos podido comprar una alcoba toda llena de gomas de mascar!



DE VISITA CON EL GATO CASIMIRO

—¿Sabes? —me dijo una vez mi hermana Clara—. Nuestro perro, Sabueso, todos los días va a pasear y la pasa muy bien. Pero nuestro pobre gato, Casimiro, permanece día y noche en casa. Por eso he decidido llevarlo a donde la tía Emma.

—Me parece bien —dije yo—, pero ¿cómo vas a llevarlo hasta allá?

—Lo llevaré en una canastilla.

Fue así como Casimiro se encontró en un cesto rumbo a la casa de la tía Emma, que nos había invitado a visi-

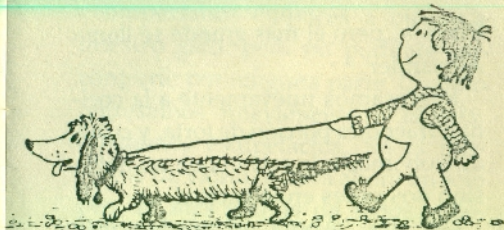


tarla. Una vez allí, caminaba con la colita levantada, de una habitación a otra, y metía las narices en todas partes.

Delante de los peces de la tía Emma, Casimiro quedó como hipnotizado. Seguía con la cabeza sus movimientos y los miraba con ojos curiosos.

—¡No les vayas a hacer nada a los pobres peces! —le ordenó Clara. Casimiro maullaba.

La tía Emma tuvo que salir de improviso, pero anunció que regresaría en una hora.



—Pónganse cómodos —nos dijo—. Queda más torta en la cocina y hay bebidas en el refrigerador.

Todo fue de maravilla hasta cuando decidimos ir a la cocina a traer una segunda porción de pastel. Al regresar a la sala y acercarme a la pecera observé, horrorizado, que sólo había tres peces.

—Clara, ¿cuántos peces había en la pecera?

—Cuatro. El más grande se llama Alexander.

—¡Ahora no hay sino tres!

—Entonces sólo eran tres —dijo

Clara—, pero el más grande se llama Alexander.

Regresamos nuevamente a la cocina a traer otra porción de torta, y cuando volvimos a la sala vi que no había sino dos peces en la pecera.

—¡Clara! ¡Ahora no quedan más que dos peces! —le dije con voz de alarma.

—¡No puede ser! —dijo Clara—. ¡Hace un momento eran tres!

—¡Quizá uno de los pececillos se escondió!

Con la ayuda de un tenedor examinamos la arena de la pecera, pero no encontramos nada. Sólo entonces me di cuenta de que nuestro gato ya no estaba frente al recipiente que contenía los peces.

—Clara, ¿no crees que Casimiro se los pudo haber tragado?

—No lo creo. ¿Cómo podría haberlos sacado de la pecera?

—¡Pues yo tampoco lo sé!

—¡Casimiro! ¡Casimiro! ¡Miauuuu!

Empezamos entonces a buscar a nuestro gato, pero no pudimos encontrarlo por ninguna parte. Cuando regresamos nuevamente a la sala, quedamos estupefactos. En el recipiente de vidrio nadaba ahora un solo pez. El más grande de todos. ¡Alexander!

—¡Dios nos ampare! —dijo Clara.

—Clara, ¡aquí hay gato encerrado! —dije yo.

Nos escondimos entonces debajo de la mesa y decidimos observar la pecera para descubrir lo que estaba sucediendo.

No tuvimos que esperar demasiado tiempo pues muy pronto vimos aparecer a Casimiro por entre el velo de la cortina. El muy bribón se encaminaba hacia la pecera, lamiéndose los bigotes.

Esta vez, sin embargo, no se quedó hipnotizado frente a ella como al comienzo, sino que con las patas delanteras se apoyó en el borde supe-

rior de la pecera y se puso a observar desde arriba al desprevenido pececillo. Cuando el pobre Alexander se asomó de pronto a la superficie, Casimiro dio un zarpazo certero y lo atrapó.

—¡Casimiro! —gritamos Clara y yo indignados, pero ya era demasiado tarde. De un veloz salto se metió detrás de las cortinas, y mientras Clara y yo lo perseguíamos, se engulló la mitad de Alexander.

¿Qué podíamos hacer? La tía Emma se moriría si al regresar no encontraba sus peces dorados.

—Vayámonos antes de que llegue —propuse yo.

Clara opinó que debíamos llamar a mamá. Toda la culpa era de Casimiro y no había nada que nosotros pudiéramos hacer.

Mamá dijo que el caso era muy grave y que ella acudiría de inmediato en nuestra ayuda. Y, efectivamente, llegó con una bolsa en la que nadaban

cuatro pececillos dorados, idénticos a los de la tía Emma.

Nosotros le dimos un buen regaño a Casimiro y se lo entregamos a mamá para que lo llevara a casa.

La tía Emma jamás se enteró de lo sucedido, e incluso, cuando regresó, nos preguntó:

—Niños, ¿no les parece que Alexander se ha engordado últimamente?





EL BEBE DE CLARA

—¿Sabes una cosa? —me dijo un día mi hermana Clara—. Quisiera tener un bebé. Ya es tiempo.

—¿Por qué?

—Porque estoy harta de jugar sólo con muñecas. Pero ¿cómo conseguir un bebé de verdad?

—Tienes que casarte —le dije yo.

—¿Pero con quién? —me preguntó ella.

—Conmigo, por ejemplo.

—¿Y qué pasará con Juanita?

—¿Cuál Juanita?

—Mi amiga. Tú querías casarte con ella, ¿no es así?

—¡Eso era antes! Ya no la quiero. Ahora me quiero casar contigo.

Ella pensó un buen rato y dijo:

—Los hermanos no se casan entre sí. Y, además, mamá no me lo va a permitir. Con seguridad que va a decir que todavía soy muy pequeña.

—Bueno, pero entonces ¿cómo vas a conseguir tu bebé?

—Todavía no lo sé.

—Pensémoslo a ver qué se nos ocurre —le dije.

Durante todo el día pensamos en cómo podría Clara tener un bebé. De tanto pensar casi me da dolor de cabeza, pero al final del día ya lo sabía, gracias a que sé pensar muy bien.

Corrí entonces hacia Clara y grité:

—¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Ya sé!

—¿Qué sabes ya?

—Ya sé cómo puedes tener un bebé de verdad.

—¿Cómo?

—Vamos a rezarle a Dios.

—¿Rezar?

—Sí. Para que tengas un bebé. Cuando una mujer no tiene bebés y reza mucho, le llega uno. ¡Eso lo sabe todo el mundo!

—Tienes razón —dijo Clara—. Intentémoslo.



Así es que nos encerramos en nuestra alcoba y empezamos a rezar con mucho juicio. Cuando Clara se cansaba, rezaba yo. Y cuando yo me cansaba, rezaba Clara.

—Buen Dios, mándanos un bebé para Clara. Pero uno de verdad. Envíanoslo pronto porque Clara ya está aburrida de jugar únicamente con sus muñecas. Si lo haces, tú mismo te sorprenderás de lo juiciosos que seremos. No volveremos a pintar a nuestro perro Sabueso, ni volveremos a mordisquear las tortas que mamá hace para las visitas. Envíanos, por favor, un bebé, pero rápido. Sé bueno con nosotros y apúrate.

Así rezamos toda una hora y por la noche volvimos a hacerlo.

Al día siguiente, cuando mamá se fue de compras, Clara miró por la ventana y gritó:

—Mira, ¡llegó nuestro bebé!

Y era cierto. Un cochecito de niño estaba enfrente de nuestra ventana,

en el parque, y no se veía a nadie alrededor.

—¿Crees que sea el nuestro? —le pregunté a Clara.

—Claro que es el nuestro. ¿No ves que no hay nadie por ahí?

Jamás habíamos visto un cochecito rojo como ése en nuestra zona de juegos. De inmediato bajamos corriendo. En el coche estaba un bebé tan dulce y pequeño como lo habíamos deseado. ¡El bebé de Clara!

Dando saltitos de alegría en torno al cochecito, Clara le dio un beso al bebé y le dijo:

—¡Aquí está tu mamá! ¡Abre los ojitos! ¡Yo soy tu mamá!

—Clara —dije yo—, ¿me dejas ser el papá?

—Bueno —dijo Clara—. ¡Te dejo!

El bebé abrió entonces los ojos y nos sonrió. ¡Estaba feliz de vernos!

Nosotros llevamos el cochecito a casa. Yo empujaba de un lado y Clara del otro.



—¡Tenemos un bebé! ¡Tenemos un bebé! —exclamábamos al tiempo.

En casa escondimos el bebé en nuestra alcoba, pues teníamos un poco de miedo de mamá. Luego pensamos cómo contarle toda la historia. Tal vez hubiéramos debido pedirle permiso antes de empezar a rezar.

Mamá llegó rápido del mercado, y estaba muy disgustada:

—¡Imagínense las cosas que suceden hoy en día! —dijo—. ¡Secuestraron al bebé de la señora Sager delante de la puerta de nuestra casa!

Yo sentí que un sudor frío me corría por la espalda.

—¿Qué bebé? —le pregunté.

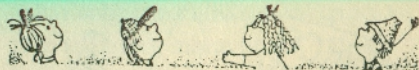
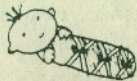
—Un bebé muy pequeño, de apenas dos semanas de nacido. La señora Sager dejó el coche en el parque tan sólo unos pocos minutos. Cuando regresó de donde la señora Engel, en el cuarto piso, el coche ya no estaba donde ella lo había dejado.

—¿Era un coche rojo?

—¿Por qué lo preguntas? —indagó mamá.

—Porque el bebé está aquí —dije yo—. Nosotros creíamos que era el bebé de Clara.

Lo que sucedió después no es difícil de imaginar. Clara y yo todavía estamos muy enojados con el buen Dios.



EL CIRCO DE LAS PULGAS

Un día mi hermana Clara se me acercó y me dijo:

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¡Ajá! —dije, y paré las orejas, pues a mí me gustan mucho los secretos.

—¡Pronto voy a inaugurar un circo! —anunció—. ¡Un circo de pulgas! Por ahora estoy buscando las pulgas que voy a domesticar. Pienso enseñarles diferentes números artísticos, como



saltar sobre una taza y otras cosas así.
¿No te parece maravilloso?

—¡Maravilloso! —dije asintiendo, y me fui con ella en busca de las pulgas. Buscamos todo el día, pero desafortunadamente no encontramos ninguna.

Por la noche, en la cama, pensamos largo rato en cómo y en dónde podríamos atrapar pulgas.

—¿Sabes, Clara? —le dije yo—. Quizás las pulgas de nuestra casa se escondieron en alguna parte o a lo mejor sólo salen de noche. Las sorprenderemos cuando salgan a beber agua. ¿Pero dónde beberán: en la cocina o en el baño?

Ambos nos levantamos de un salto y de puntillas nos escurrimos fuera de la alcoba. Clara se dirigió a la cocina y yo al baño, pero en ninguna parte se veía ni una pulga.

—Ya sé —dijo Clara—. Sabueso, nuestro perro, con seguridad tiene pulgas.

De inmediato nos sentamos en el sofá con Sabueso sobre el regazo.

Clara tenía a su lado una caja de fósforos abierta para encerrar rápidamente allí las pulgas que encontráramos.

—Sólo las dejaremos aquí hasta que las hayamos domesticado —dijo ella.

Sin embargo, no encontramos ninguna.

Si Sabueso no tenía pulgas, teníamos que buscar otro perro que sí tuviera.

Fuimos entonces a donde la gorda señora Meier, que vive junto a nosotros, y le preguntamos:

—Señora Meier, ¿su perro tiene pulgas?

—¿Que si tiene qué?

—¡Pulgas!

—Si el perro de ustedes pescó pulgas en alguna parte, ¡sin duda que no fue con mi Lanoso! ¡Díganselo a su madre! —exclamó furiosa, y con estas

palabras nos lanzó la puerta en las narices.

Clara me miró y yo miré a Clara, y luego nos dirigimos a la casa de otro vecino...

Por la noche nuestra caja de fósforos seguía tan vacía como en la mañana.

—No sé en dónde más preguntar —dijo Clara—. Vayamos a una tienda de animales.

—Buenos días, ¿tiene pulgas? —le preguntamos al vendedor que nos atendió en el almacén.

El nos dio un paquete con pulgas acuáticas muertas.

—Lo que queremos son pulgas vivas, de verdad. ¿Comprende?

—Necesitamos doce pulgas vivas. ¿Cuánto valen?

El vendedor se rió:

—Esperen. Si quieren pulgas pueden conseguirlas fácilmente, ¡y gratis!

El hombre nos llevó a una habita-

ción detrás de la tienda, donde estaba un pequeño perro.

—¡Está lleno de pulgas! —nos dijo. Clara y yo estábamos felices.

Nos sentamos sobre el suelo, pusimos el perro sobre nuestras piernas y empezamos a recoger pulgas. Pronto teníamos en la caja varias decenas de pulgas. Ya podíamos inaugurar no uno, sino ¡dos circos de pulgas!

De pronto sentí que algo me picaba en la espalda y al mismo tiempo bajo el brazo izquierdo y el derecho.

—Clara, ¡pican!



—Ya me di cuenta. ¡A mí también me pican!

Y luego empezó el gran circo de las pulgas. Nos rascábamos desesperadamente la espalda, la barriga, la cabeza.

Por todas partes había pulgas que nos picaban, también, por todas partes.

Finalmente abandonamos el perrito y nos fuimos corriendo, sin despedirnos del vendedor.

—Lo que pasa —dijo Clara en su carrera— es que las pulgas todavía no están domesticadas.

—Lo sé —dije—, ¡pero esto es insostenible!

En casa tuvimos que desvestirnos en el balcón y mamá fumigó todo con un líquido que olía bastante extraño. Clara, por su parte, tuvo que renunciar a su plan de tener un circo de pulgas, pero, a pesar de todo, creo que se divirtió mucho con lo que hicimos.



LA VISITA

Clara había traído a casa un libro que tenía un león en la cubierta; a pesar de que la letra del libro era muy pequeña, ella se encerraba por horas en el baño a leerlo. Sin embargo, Clara no puede leer todavía letras tan pequeñas.

Yo estaba muy disgustado pues ella no quería jugar conmigo y se la pasaba acurrucada sobre su libro.

«¿Qué estará leyendo Clara?», pensaba yo.



—¡No es para niños pequeños! — me dijo cuando se lo pregunté.

—Por favor, Clara, por favor, yo ya no soy un niño pequeño —dije yo, y me paré en las puntas de los pies para demostrarle que ya había crecido lo suficiente—. Yo sé de qué se trata el libro. Tiene que ver con leones, ¿no es cierto?

—Sí —dijo, y me leyó el título—: *Cóo-mo do-mess-tii-car a-ni-maa-les sal-vaa-jes.*

«Si Clara está leyendo algo así es porque tiene alguna idea rara en la mente. Tal vez quiere domesticar un león o un elefante», pensé.

No tuve que tratar de adivinarlo por mucho tiempo, pues mi hermana me murmuró al oído:

—Todavía no he botado las pulgas; por eso estoy leyendo este libro.

—¿De veras?

—Están abajo, en el sótano. ¿Quieres verlas?

—Oh, ¡sí!

Bajamos al sótano y allí Clara me mostró la caja de fósforos en la que habíamos metido las pulgas.

—No la abras —me advirtió—. Aquí hay muy poca luz y si se salen de la caja no las podremos encontrar jamás.

—No la pienso abrir —dije—, pero quizás estén muertas. ¿No les has dado nada de comer durante todo este tiempo? ¿Leche o algo así?

—No.

—Entonces sin duda están muertas. ¡Muertas de hambre!

—¿Tú crees?

—¡Segurísimo!

—Pues yo no lo creo.

—Pero no se mueven, ¿o es que las puedes oír? —dije, y tomé la caja de fósforos y la apreté contra mi oído, pero no pude escuchar nada. Clara hizo lo mismo y entonces se puso muy pensativa. Tampoco escuchaba nada.

—Vamos a examinarlas —dijo—.

pero arriba, en el apartamento. Allí empezaré a amaestrarlas. No creo que estén muertas; lo que pasa es que se han domesticado. Les he hablado todos los días y ya me conocen. Por eso están tan tranquilas.

Nos fuimos con la cajita para el apartamento y buscamos un sitio donde Clara pudiera empezar el amaestramiento.

Mamá había puesto unas tazas sobre la mesa de la sala pues había invitado a sus amigas a tomar café, y esa mesa, con esas tazas para el café, era el sitio de ejercicio ideal para las pulgas... hasta que llegaran las amigas de mamá, ¡claro está!

—¿Me irán a morder? —pregunté, precavido. Clara dijo que no, pues estaban domesticadas.

—Yo les ordeno —dijo a la caja de fósforos— que no muerdan a mi hermanito. Si alguna de ustedes se atreve a hacerlo, ¡será castigada!

En la caja de fósforos no se movía

ni una mosca. Las pulgas habían entendido la orden.

—Ahora las podemos dejar salir —dijo Clara—. Cuando hayamos terminado los ejercicios regresarán a la caja de fósforos por su propia cuenta. Ya se han acostumbrado tanto a ella que la consideran su hogar.

—¡Si es que no están muertas! —dije yo—. Hace tiempo que has debido darles algo de comer.

Clara abrió la caja de fósforos. Las pulgas no estaban muertas; por el contrario, estaban más vivas que nunca, y como una pequeña nube saltaron veloces afuera de la cajita. En menos de lo que canta un gallo habían desaparecido.

—Clara —dije horrorizado—, ¡han desaparecido!

—No —me explicó ella—, no han desaparecido. Todavía están en la sala. Ya te dije que están domesticadas.

—Pero ¿por qué saltaron y se fueron tan rápido?

—Porque necesitan moverse un poco. Tenemos que esperar a que se hayan tranquilizado. Luego harán todo lo que les ordene. Eso dice el libro.

Esperamos un poco y entonces Clara les ordenó a las pulgas:

—¡Vengan de inmediato a la mesa!

Pero nada sucedió. Sólo dos o tres pulgas saltaron por entre las tazas de café y luego desaparecieron por el tapete del piso, quizás para buscar a sus compañeras.

Clara consultó su libro, y luego dijo muy severamente:

—¡Basta ya! ¡Vengan de inmediato a la mesa! ¿Me entienden?

Esperamos un rato más hasta que, de pronto, dos pulgas saltaron del piso a la mesa, pero antes de que las demás también le obedecieran a Clara, mamá llegó y nos ordenó salir de la sala:

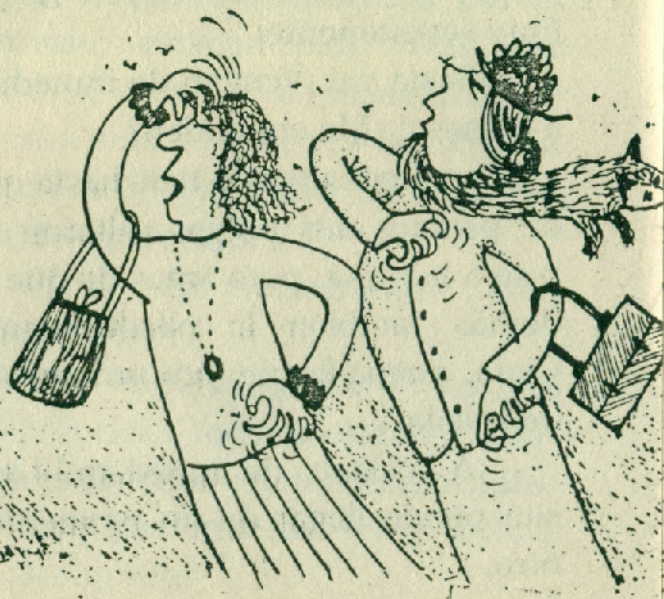
—¡A la alcoba de inmediato! La visita puede llegar de un momento a otro.

¿Qué alternativa teníamos si mamá nos lo decía? Suspirando profundamente nos fuimos a nuestra alcoba.

Clara dijo que habíamos tenido muy mala suerte pues la visita podía confundir mucho a sus pulgas.

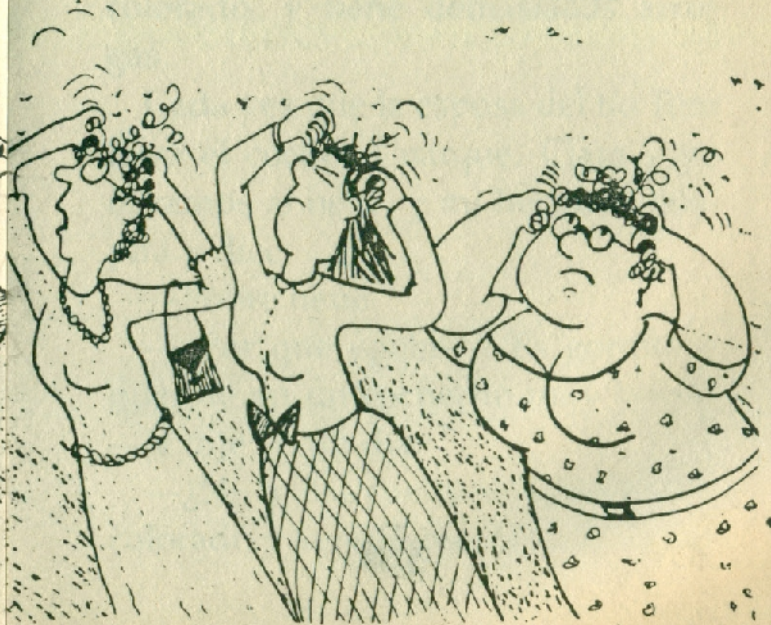
En ese momento tocaron a la puerta y las amigas de mamá aparecieron. Eran cinco señoras que, normalmente, pasaban horas enteras en nuestra casa, pero que esta vez no se quedaron mucho tiempo.

La primera que salió disparada de



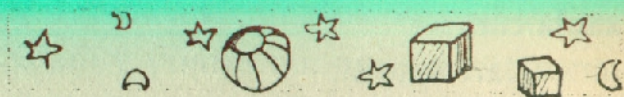
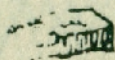
la sala fue la señora Helmering, quien se rascaba sin parar la cabeza y debajo del brazo. Rápidamente se despidió y desapareció. Con igual velocidad se despidió la señora Lewy, quien se rascaba desesperadamente la barriga. Simultáneamente y tal vez con mucha más prisa que las dos anteriores salieron a perderse las señoras Bothe, Lettes y Guhl.

Desde la ventana pudimos ver cómo se rascaban a dos manos y se dispersaban en todas las direcciones.



Después de eso no pudimos encontrar ni una sola pulga en la sala. A mamá no la atacó ninguno de estos diminutos pero fieros insectos, y entonces Clara anotó:

—Las amigas de mamá se llevaron nuestras hermosas pulgas, pero ¿te diste cuenta? A nosotros no nos mordieron. ¡Sin duda ya estaban domesticadas!



EL BEBE COLORADO

El bebé del tío Toni nos parece muy colorado, y tiene demasiadas arrugas.

Cada vez que la esposa del tío Toni lleva el coche al parque, Clara y yo miramos al bebé, y mi hermana suspira y dice:

—Pobre nené.

—¿Por qué «pobre»? Es gordito y duerme en un cochecito muy bonito —le dije yo un día.

—¿No te das cuenta de que es muy colorado y tiene demasiadas arrugas?

—dijo Clara—. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Claro que sí.

—Si fuera un niño el detalle podría pasarse por alto —sostuvo Clara—, pero es una niña. Y una niña no puede ser tan colorada. ¡Parece un tomate encogido!

—Tienes razón. Pero ¿qué quieres que hagamos? Tal vez podríamos decirselo al tío Toni —sugerí yo.

Esperamos, entonces, hasta el domingo, cuando, como de costumbre, el tío fue al parque con el cochecito, y le explicamos que su bebé era demasiado colorado y arrugado.

Sorprendido, el tío Toni miró al bebé, y dijo:

—Susanita ha llorado y por eso tiene la carita un poco colorada.

—Ella siempre está así de roja —dijo Clara disgustada—, y si es tan colorada y tiene tantas arrugas, nunca podrá casarse.

El tío Toni sólo rió, agitó la cabeza

y siguió concentrado en su periódico; Clara y yo nos miramos desilusionados.

—No tengo más remedio que solucionar este problema yo misma —dijo Clara, muy decidida.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Pronto lo verás.

Salió corriendo a casa y regresó rápidamente. Vi que tenía algo oculto en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué tienes ahí?

—La crema de noche de mamá —me respondió.

Yo no estaba muy seguro de que se tratara realmente de la crema de noche de mamá, pero ella sacó del bolsillo el pote y leyó:

—Creeee-ma de noooo-che Tomé la crema de noche porque Susanita está durmiendo. Si estuviera despierta, hubiera tomado la crema de día. Cuando un bebé duerme hay que aplicarle la crema de noche.

—¡Pero si es de día! —le dije.

—Pero ella está durmiendo. Y ¿cuándo crees que duermen las personas? ¡Pues de noche!

Si Clara lo decía era porque debía ser así.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Untarle crema a la nena.

—¿Y crees que podrás hacerlo?

—Claro —dijo Clara—. Yo también me aplico crema a diario.

Por supuesto que yo sabía que desde hace mucho tiempo Clara se embadurna con todas las cremas de mamá.

—¿Y me vas a echar crema a mí también? —le pregunté.

—¿A ti? ¿Te enloqueciste?

—¿Por qué?

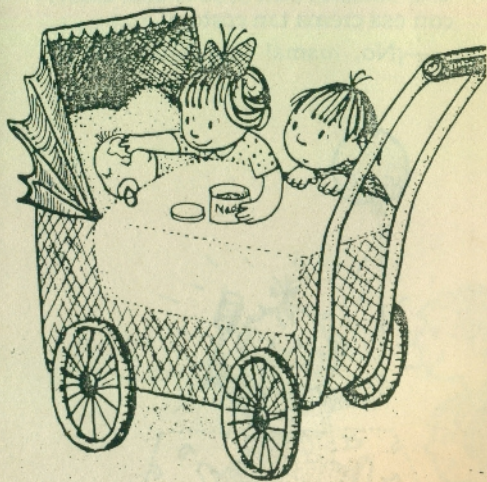
—La crema es sólo para las mujeres —dijo—. Lo siento, pero tú eres un hombre.

Dando un profundo suspiro empujé el cochecito con la colorada y arrugada Susanita lejos de donde estaba el tío Toni. Allí, Clara empezó a embadurnarse con la crema de noche

de mamá, y luego le hizo lo mismo a la pequeña Susana.

—Es suficiente por hoy —dijo, y luego corrió a casa a dejar la crema en su sitio para que mamá no fuera a notar nada raro.

Desde entonces, todos los domin-

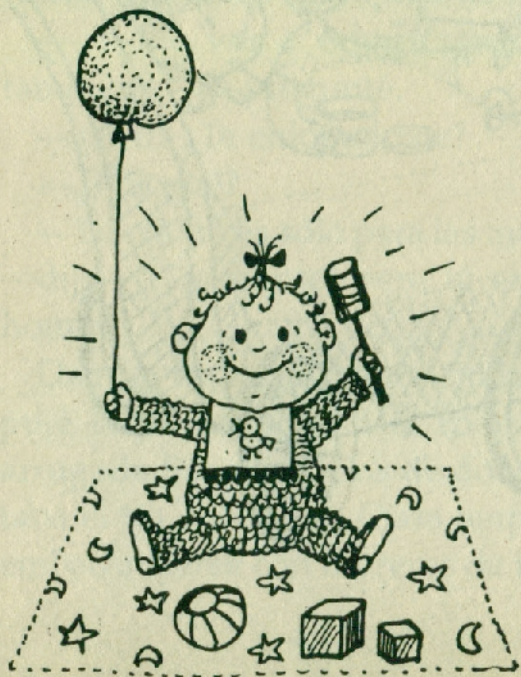


gos, cuando nadie nos ve, le untamos a Susanita crema en la cara.

Nadie ha notado nada, aunque mamá dice de vez en cuando:

—¡Qué raro! Mi crema para la cara, con lo costosa que es, ha «volado» últimamente. Tengo que comprar un nuevo pote. Niños, ¡que no vaya yo a saber que se están embadurnando con esa crema tan costosa!

—¡No, mamá! —respondemos en

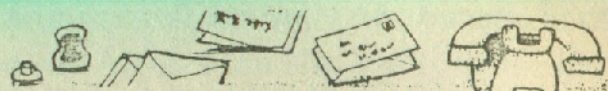


coro Clara y yo. Y es cierto. Ahora estamos embadurnando únicamente a la nena del tío Toni.

La pequeña Susana ha crecido, entre tanto, y ya no está ni tan colorada ni tan arrugada como antes.

—¿Te das cuenta? —me susurró Clara un día—. Susanita ha cambiado muchísimo. ¡Si seguimos echándole crema será el bebé más lindo de todo el vecindario!





LA CARTA

Un buen día Clara se me acercó y me dijo:

—¿Viste ya el correo de hoy?

—No —le contesté.

—¡Hoy tampoco hay carta para mí! Para mamá sí hay una. A papá le llegaron dos y un periódico. Todos reciben cartas ¡menos yo!

—A mí tampoco me llegan —le dije.

—A ti no te tengo en cuenta —dijo—. Tú no sabes leer. Eso lo sabe todo el mundo. ¿Por qué querría alguien escribirte cartas? En cambio, yo

conozco desde hace tres semanas todo el abecedario y ¡no me llega ni una sola carta! ¿Para qué me esforcé tanto en aprender todas las letras?

—Por favor, Clara, ¡no te disgustes! —dije yo, tratando de contentarla—. Los demás seguramente no saben que tú ya conoces todas las letras; ¡de otra forma te hubieran escrito muchas cartas!

—¿De verdad lo crees?

—¡Seguro!

—Yo no lo creo —dijo Clara, y se fue. Estaba muy triste.

En realidad, mi hermana Clara me daba mucho pesar. Hacía tres semanas que esperaba correspondencia y no le había llegado ni una carta. ¡Pobrecita! Si yo hubiera sabido escribir, le hubiera mandado una.

Me puse a pensar y a pensar y finalmente decidí ir a donde el tío Toni. A él le gustaba leer libros muy gordos, y con seguridad también sabía escribir.

—¡Tío Toni! ¡Tío Toni! —grité frente a su puerta.

—¿Quieres que te dé dinero? —me preguntó cuando me vio parado en el marco de su puerta.

—No, no; ¡sólo quiero que le escribas una carta a la pobre Clara! —le dije, y se lo conté todo.

El tío Toni se rió, y dijo:

—Bueno, voy a escribirle una carta, pero tú no puedes decirle a ella ni una palabra acerca de esto.

—No diré nada de nada. ¡Palabra de honor! —dije, y escupí hacia atrás sobre el piso. Eso se hace para mostrar que se va a cumplir con lo prometido.

La carta llegó al día siguiente y cuando Clara la vio, casi no podía creerlo. Su rostro se iluminó de alegría.

—¡Me llegó una carta! —gritó.

—¿Puedo verla? —le pregunté, haciéndome el que no tenía ni la menor idea de quién la enviaba.

—No —dijo—, las cartas son secretas.

—Ay, Clara, por favor, ¡por favor!

—Está bien, pero sólo lo permito porque eres mi hermano.

Clara se acomodó en su cama y yo me senté a su lado, pero ella volvió a ponerse de pie de un salto, se dirigió al escritorio de papá y tomó un abrecartas. Nuevamente se sentó sobre la



cama y abrió el sobre con el mayor cuidado, como si éste fuera de oro.

—Así se abren las cartas —dijo—. Lo puedes aprender de mí.

—Bueno —le dije—, después abríré así todas mis cartas.

Luego, dando saltos de contento, leyó:

Querida Clara:

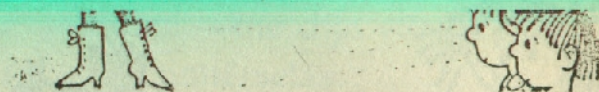
Tu hermano me dijo que ya sabes leer y escribir, así que pensé que sería muy bueno escribirte una carta. Si lo hubiera sabido antes, te habría escrito hace mucho tiempo. Tus abuelos seguramente no saben todavía que ya sabes leer y escribir. Escríbeles. Ellos se van a alegrar mucho de recibir una carta tuya. Clara, ¿sabes una cosa? Si uno quiere que le lleguen cartas, también debe escribir. Cariñosos saludos.

Tu tío Toni.

Clara saltó de la cama como un caucho, y dijo:

—¡Ahora voy a escribir muchas cartas!

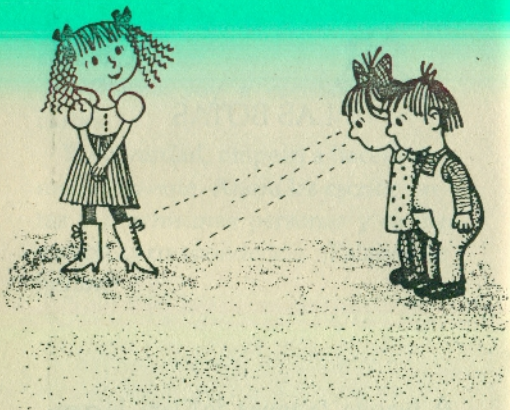
Y, en verdad, empezó a hacerlo inmediatamente. Ahora les escribe cartas a muchísimas personas y recibe mucha correspondencia. ¡Palabra de honor!



LAS BOTAS

A Juanita, la amiga de Clara, le compraron unas botas rojas. Ella vino a visitarnos y hasta Sabueso se las admiró pues se la pasó corriendo detrás de ella y oliendo las botas.

Clara dijo que a ella también le gustaría tener unas botas tan lindas como ésas, pero papá le contestó que de ninguna manera, pues sus botas viejas todavía estaban en buen estado. Clara alegó que no era así pues se le entraba el agua y los pies se le mojaban siempre que llovía. Como todo el



mundo sabe, uno se puede resfriar y hasta se puede morir por tener los pies mojados.

Papá dijo entonces que él rociaría las botas de Clara con un producto que las volvería impermeables.

—Ven, papá, hagámoslo ya —dije yo, pues no quería que Clara se muriera, aunque en esos días no estaba lloviendo nada. Luego le llevé las botas a mi hermana y le dije:

—¡Ya están impermeabilizadas!

—¡Bobo! —me dijo ella al oído, y no quiso ponérselas.

—¿Por qué no te las pones? —le preguntó mamá, disgustada.

—Porque me aprietan —dijo Clara lloriqueando—. ¡Me aprietan mucho!



—¿En dónde?

—En el dedo chiquito. ¡Ya lo tengo todo rojo!

Luego nos mostró su dedo chiquito y nos explicó que le había salido un callo por ponerse sus botas viejas y, como todo el mundo sabe, los callos producen un tremendo dolor.

Mamá y yo le miramos el dedito pero no pudimos descubrir callo alguno.

—Es que está muy pequeño —susurró Clara—, ¡pero los callos pequeños son tan dolorosos como los grandes!

Clara sólo se tranquilizó cuando mamá le besó su delicado dedito precisamente en el sitio donde tenía ese callo tan diminuto que era invisible. También se rió cuando yo le besé el dedo. Papá prometió entonces que le arreglaría las botas viejas para que no le apretaran en ninguna parte. Todo marchó bien hasta el sábado siguiente, día en que llovió y mamá le dijo a Clara:

—Ponte tus botas.

—¡No las encuentro por ningún lado! —respondió ella rápidamente.

—Están en la habitación de los juguetes —explicó mamá.

—No, mamá, allá no están —repuso Clara—. Ayer las busqué allí y no las encontré. A lo mejor alguien se las robó.

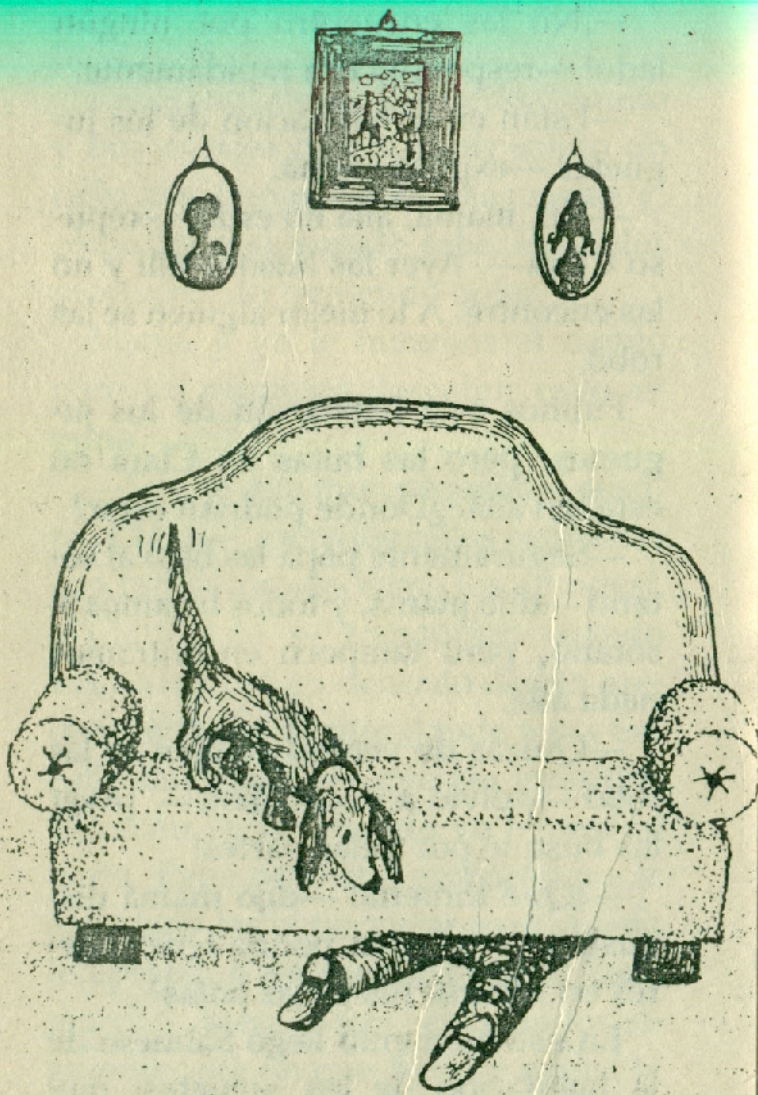
Fuimos a la habitación de los juguetes, pero las botas de Clara no estaban allá. ¿Dónde podrían estar?

—Seguramente papá las bajó al sótano —dijo mamá, y todos bajamos al sótano, pero tampoco encontramos nada allá.

—Quizás de verdad alguien se las robó —volvió a decir Clara—. ¡Ayer las busqué por todas partes!

—¡Qué tontería! —dijo mamá disgustada—. ¿Quién podría tener interés en robarse tus viejas botas?

En ese momento llegó Sabueso de la habitación de los juguetes, moviendo la cola inquietamente.



—A lo mejor Sabueso se las tragó anoche. ¡Todo el mundo sabe que los perros a veces comen botas! —dijo Clara.

Yo miré a Sabueso por todos los lados, pero no vi que tuviera la barriga hinchada. Después de haberse comido dos botas enteras debería tener la panza bastante abultada.

—El se las comió. Estoy completamente segura —reafirmó Clara.

Mamá agitó la cabeza y continuó la búsqueda. Clara caminaba detrás de ella y lloriqueaba:

—¿Qué me voy a poner hoy? ¡Llueve horriblemente! ¡Necesito que me compren unas botas!

La pobre Clara me dio tanto pesar que comencé otra vez a buscar las botas. Si Sabueso se las había comido, con seguridad habrían quedado restos en alguna parte. Las suelas de goma, por ejemplo, seguro que no se las había podido engullir.

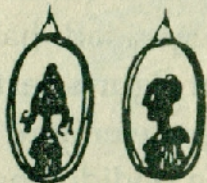
Seguí buscando las botas y como

yo sé buscar mucho mejor que mamá y que Clara, al fin las descubrí: estaban en la sala, debajo del sofá.

—¡Aquí están! ¡Aquí están! ¡Ya las tengo! ¡Sabueso las arrastró y las puso debajo del sofá! —grité, y tomé las botas y se las llevé a mamá y a Clara.

Pero ¿creen que Clara me lo agradeció? Sólo me lanzó una mirada llena de furia y dijo:

—¡Eres un bobo!



EL DESEO DE NAVIDAD

—¿No quisieras ponerte mis botas? —me preguntó Clara al cabo de algunos días.

Me pareció muy raro que me hiciera esa pregunta y le dije:

—¿Por qué?

—Porque quiero que se dañen definitivamente.

—¿Pero qué irá a decir papá?

—Me comprará unas nuevas —murmuró ella.

—Pero él nunca permitiría que yo me pusiera tus botas —repliqué yo.

—Te las puedes poner en secreto. Por ejemplo, siempre que juegues al fútbol, hasta que se dañen. Si no me compran unas botas rojas tan lindas como las de Juanita, me voy a morir. ¡Palabra que sí!

Yo no quería que mi hermana Clara se muriera porque sus botas viejas no se dañaban, así que le dije:

—Bien, me pondré tus botas viejas y te prometo que en una semana estarán inservibles. Tú ya me conoces.

—¡Eres un amor! —dijo.

Inmediatamente me puse las botas de mi hermana pero me quedaban tan grandes que cuando caminaba pegaban en el piso como botas de payaso. ¡Tres veces me caí mientras las tenía puestas!

—¿Cómo puede ser posible que tengas pies tan pequeños? —me dijo Clara.

—¡Los tuyos son demasiado grandes! —le dije yo.

—No peleemos por eso —replicó

ella —. Me prometiste dañar mis botas, ¿no es cierto?

—Claro que sí.

—Entonces debes ponértelas. ¡Lo que se promete se cumple!

No me quedó más remedio que seguir con las botas puestas, pero antes me las quité y les metí dos pañuelos adentro, aunque esto no fue suficiente. Tuve que atarugarles un periódico entero para que no me quedaran tan grandes. Por fin pude comenzar a jugar al fútbol con ellas, y lo hacía sin dificultad. Jugaba al fútbol todo el santo día, pero las botas de Clara no se dañaban; esto nos enojó mucho a los dos.

Todos los días al mediodía, cuando Clara regresaba de la escuela, miraba sus botas y lloraba:

—¡Botas horribles! Simplemente no se dañan. ¡Las detesto!

—Yo también las odio, pero ¿qué puedo hacer?

—Si no se dañan, jamás me com-

prarán botas nuevas. ¡Jamás! Y entonces ¡moriré! ¡Lo verás!

Yo no quería que mi hermana Clara se muriera a causa de sus botas viejas y por eso jugaba al fútbol con mucha consagración, y cada día les metía a las botas periódicos nuevos adentro. Sin embargo, ¡eran como de acero!

Al final, mis pies ya no daban más, ¡y las botas de Clara seguían tan campantes!

—¿Sabes, Clara? —dije yo tristemente—. Si papá no te compra las botas, ¿por qué no le escribes a la abuela que vive fuera de la ciudad? Mamá dice que debemos enviarle una nota contándole nuestros tres más grandes deseos para Navidad. Yo quiero un balón de fútbol, marcadores de colores y un libro de cuentos ilustrado. Tu único deseo podría ser las botas rojas. Botas rojas como primer deseo, botas rojas como segundo deseo y botas rojas como tercer deseo. Y así obtendrás tus botas rojas.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

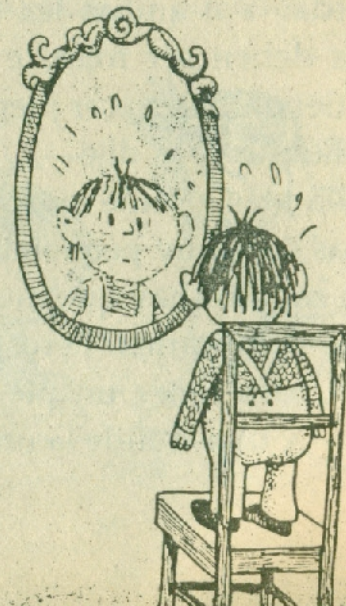
—Porque esas botas son muy caras.

—Escríbele entonces a la otra abuela; que una te regale la bota izquierda y la otra la bota derecha.

—No es una idea nada mala. En realidad, ¡no eres tan bobo como pareces! —dijo, y corrió a su alcoba y se encerró allí a escribir las cartas.

Yo, mientras tanto, me puse a mirarme en el espejo para ver si en verdad parecía tan bobo como ella decía.

Clara se pasó toda la tarde escri-



biendo cartas. Cualquiera hubiera pensado que estaba escribiendo una novela. Terminó por la noche. Había adornado las cartas con corazoncitos y florecitas y su alcoba parecía un campo de batalla.

—¿No te gustaría ser pintora? —le pregunté—. ¡Pintas tan bonito!

—Primero que todo quiero conseguir mis botas rojas, luego veremos.

—¿Qué dijiste en las cartas?

—Muy sencillo: A una abuelita le dije que quería que me regalara una bota derecha y a la otra le dije que quería que me regalara una bota izquierda. Y a ambas les dije que las botas deben ser rojas, e italianas, y que tienen que hacer juego.

—Bueno —le dije—, ¿pero si una resulta más grande que la otra? ¿O si ambas son muy pequeñas? Las botas y los zapatos hay que medírseles antes de comprarlos. Pero ¿cómo vas a hacer para tener un pie donde una abuela y otro donde la otra?

—Cierto —dijo Clara, y colocó ambas cartas por el reverso, sobre el suelo. Luego se quitó los zapatos y, en medias, puso un pie sobre cada carta—. ¡Dame un marcador! —dijo, y yo le alcancé un marcador y ella trazó una línea alrededor de sus pies—. Bueno, ya no pueden equivocarse. Aquí tengo el tamaño de cada pie.

«¡Clara es un verdadero genio!», pensé yo. Ahora sólo necesitábamos dos sobres. Cuando los encontramos, Clara copió de la agenda de mamá la dirección de las dos abuelitas. Esto le tomó mucho tiempo pues los sobres



hay que escribirlos con letras muy pequeñas y Clara todavía no puede hacer letras tan diminutas.

Después de dos días, y cuando ya estaba totalmente exhausta, Clara terminó su trabajo. Ahora sólo necesitábamos dos sellos para poder enviar las cartas. Secretamente, y usando un cuchillo, sacamos dos monedas de nuestra alcancía, que tiene forma de chanco, y después fuimos al correo de la esquina sin que nadie se diera cuenta. Todo fue tan emocionante que yo le dije a mi hermana:

—Cuando sepa escribir te enviaré una carta todos los días.

—Bueno —dijo ella—. A mí me encanta recibir cartas.

Ahora sólo nos quedaba esperar a que llegara la Navidad, y esto era todavía más emocionante pues no sabíamos si de parte de una abuelita nos llegaría una bota izquierda y de parte de la otra abuelita una bota derecha. Y ¿qué haría la pobre Clara si,

por ejemplo, le llegaba tan sólo una bota?

¡Con seguridad que entonces lloraría más que nunca!

Después de muchos días de paciente espera llegó un paquete de una de nuestras abuelitas. Jamás pudimos comprobar si la otra abuela también mandó uno porque mamá siempre esconde los regalos apenas llegan. «Después los pondré debajo del árbol de Navidad», dice.

No tuvimos más remedio que esperar, a pesar de nuestra sospecha de que sólo nos había llegado la bota izquierda, enviada por la abuela que tenía más dinero.

Por fin llegó el día de Navidad. Clara no hacía más que saltar impacientemente. A mí me dio hipo de la emoción.

—Ya pueden abrir los regalos— dijo entonces mamá.

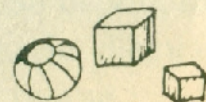
Sin pensarlo dos veces nos abalanzamos sobre los regalos.

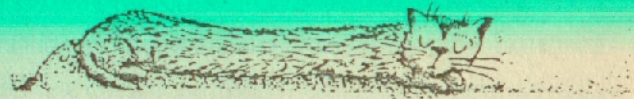


Yo recibí un balón de fútbol de parte de una abuela y una caja de marcadores de parte de la otra.

Y ¿qué creen ustedes que le dieron a Clara?

Pues nada más ni nada menos que tres pares de botas rojas: uno de papá y dos de parte de las dos abuelas!





LA TETERA

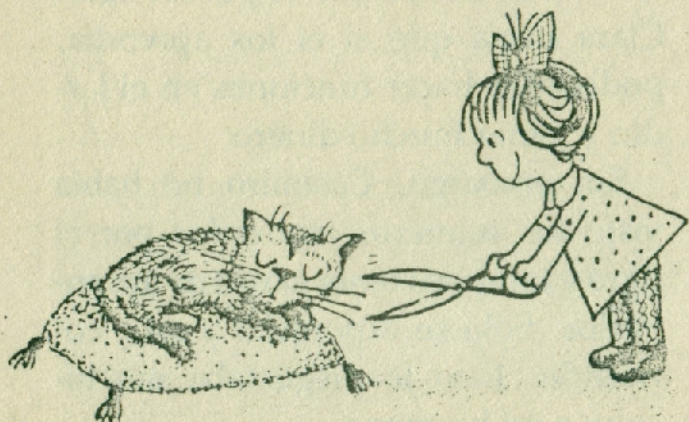
Una vez mi hermana quiso enseñarle a nuestro gato Casimiro un par de números artísticos que habíamos visto en el circo, realizados por un tigre. Clara decía que si él los aprendía, podríamos hacer funciones en el jardín y ganar mucho dinero.

Sin embargo, Casimiro no había visto los números realizados por el tigre y tampoco tenía ganas de aprenderlos. Sólo se esponjaba y salía corriendo. Esto le disgustaba muchísimo a mi hermana.

—Es el gato más gordo y lerdo del vecindario —refunfuñaba—, ¡pero recibirá su merecido! ¡Le cortaré el bigote!

Cuando Clara dice algo, lo hace inmediatamente. Así que cuando Casimiro regresó y se durmió plácidamente, ella tomó unas tijeras y ¡trasss! De un solo tajo le mojó el bigote del lado derecho.

Casimiro se despertó y saltó, como golpeado por un rayo, a un metro de altura, para aterrizar luego en la mitad de la mesa, donde precisamente



estaba la nueva tetera de mamá, que rodó por tierra.

—¿Qué hiciste? ¿Qué diablos hiciste? —gritó Clara horrorizada.

Pero Casimiro no nos puso la menor atención, sino que salió disparado por la puerta del balcón.

—Y ahora ¿qué le vamos a decir a mamá? —pregunté.

Por fortuna la tetera no se había roto del todo. Tanto la tapa como la tetera estaban en buen estado. Sólo la agarradera estaba rota, y únicamente a un lado.

Clara dijo entonces:

—Vamos a pegar la tetera antes de que llegue alguien. Lo haré tan bien que nadie notará nada.

—¿Estás segura? —le pregunté temblando de miedo pues la tetera estaba nueva y había costado mucho dinero, y con una tetera sin agarradera no se puede hacer nada.

—Claro que sí —dijo Clara—. Tráeme el pegamento.

Yo le llevé el pegamento, que estaba en la cocina, y le pregunté:

—¿Tú has pegado muchas teteras rotas? ¿Dónde aprendiste cómo hacerlo?

—En la escuela —dijo Clara.

Después tomó el pegamento.

—Pegamento —leyó ella en voz alta—. ¿Lo ves? —me explicó—. Con esto se puede pegar de todo. Las cosas quedan como nuevas.



Luego pegó la agarradera rota. Lo hizo tan bien que no se notaba nada. Yo me sorprendí muchísimo y miré la tetera por todos lados. En verdad parecía nueva.

—Clara —le dije—, ¡eres lo máximo! Mamá nos hubiera regañado muchísimo. ¡Y todo por culpa de Casimiro! Con razón le cortaste el bigote del lado derecho. Cortémosle también el del lado izquierdo.

—No —dijo Clara—. Dejémoslo así. Se verá tan tonto como es en realidad. Si no fuera tan tonto habría aprendido a realizar los números artísticos que yo quería enseñarle.

Entonces volvimos a poner la tetera sobre la mesa con mucho cuidado. Las cosas funcionaron de maravilla hasta el domingo, día en que todos estábamos sentados a la mesa.

Mamá había hecho té y lo traía en la tetera, sobre una bandeja. Cuando iba a servirlo, la tetera cayó sobre la mesa con gran estruendo, y en la

mano de mamá quedó únicamente la agarradera.

La tetera se rompió en tantos pedazos que esta vez Clara ni siquiera pensó en pegarlos. Todo se mojó con el té y mamá se disgustó muchísimo.

—Con seguridad que la agarradera estaba vencida —dijo papá—. Mira, ¡incluso estaba pegada!

Mamá examinó cuidadosamente la agarradera y todo se descubrió.

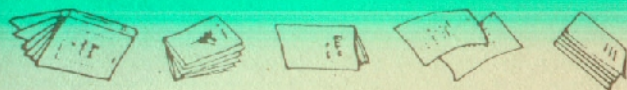
—¿Quién rompió la tetera?

Clara y yo miramos hacia el techo.

—Fue Casimiro, mamá. Lo juro —dijo ella muy triste, y yo le conté a mamá todo lo que había pasado, tal como había sido. Mamá y papá nos reprendieron a los dos, pero no precisamente por lo de la tetera, sino por haberle cortado a Casimiro parte de su bigote.



OTROS TITULOS



Torre roja (a partir de 7 años):

Más historias de Franz
Christine Nöstlinger

Nuevas historias de Franz en la escuela
Christine Nöstlinger

De por qué a Franz le dolió el estómago
Christine Nöstlinger

¡Hurra! Susanita ya tiene dientes
Dimitër Inkiow

Yo y mi hermana Clara
Dimitër Inkiow

Solomán
Ramón García Domínguez

El país más hermoso del mundo
David Sánchez Juliao



Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL

norma

Yo, Clara y el gato Casimiro

Yo, Clara y el gato Casimiro recoge trece simpáticas situaciones protagonizadas por Clara y su hermanito, entre las cuales se narra la vez en que Clara llevó a Casimiro de visita a casa de la tía Emma y el gato hizo de las suyas con los peces que estaban en la pecera.



Dimiter Inkiow

Nació en Bulgaria pero vive en Alemania. Trabaja para la radio y la televisión y escribe libros para niños, entre ellos, *Yo y mi hermana Clara*, *¡Hurra! Susanita ya tiene dientes*, *De cómo decidí convertirme en hermano mayor* y *Yo, Clara y el papagayo Pipo*, que también forman parte de la colección Torre de Papel.

CC11038

ISBN 958-04-1217-0



9 789580 412175

www.norma.com

A partir de 7 años